

# El paraíso del diablo

Roger Casement y el  
informe del Putumayo,  
un siglo después



Claudia Steiner Sampedro  
Carlos Páramo Bonilla  
Roberto Pineda Camacho  
(compiladores)



El paraíso del diablo



# El paraíso del diablo

Roger Casement y el informe del Putumayo, un siglo después

Claudia Steiner Sampedro  
Carlos Guillermo Páramo Bonilla  
Roberto Pineda Camacho  
(autores compiladores)

Universidad de los Andes  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Antropología

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas  
Departamento de Antropología

El paraíso del diablo: Roger Casement y el informe del Putumayo, un siglo después / Claudia Steiner Sampedro, Carlos Guillermo Páramo Bonilla, Roberto Pineda Camacho, autores compiladores -- Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Ediciones Uniandes: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología, 2014.  
476 p. : 17 x 24 cm.

Otros autores: Beatriz Alzate Ángel, Séamas Ó Siocháin, Luisa Elvira Belaunde, Jean-Pierre Chaumeil, Margarita Serje, Paola Vargas Arana, Juan Álvaro Echeverri, Ramiro Rojas Brown, Fernando Urbina Rangel, Anastasia Candre Yamakuri, Freddy Orlando Espinoza Cárdenas, Carlos Andrés Barragán.

ISBN: 978-958-774-051-6

1. Casement, Roger, Sir, 1864-1916 2. Casement, Roger, Sir, 1864-1916 – Viaje – Putumayo (Río, Región) 3. Casement, Roger, Sir, 1864-1916. British Bluebook 4. Industria del caucho – Putumayo (Río, Región) 5. Trato a los indígenas – Historia – Putumayo (Río, Región) I. Steiner Sampedro, María Claudia II. Páramo Bonilla, Carlos Guillermo III. Pineda Camacho, Roberto IV. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Antropología V. Universidad Nacional de Colombia (Bogotá). Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Antropología.

CDD 918.616

SBUA

Primera edición: octubre de 2014

© Claudia Steiner, Carlos Páramo y Roberto Pineda, autores compiladores

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología

Ediciones Uniandes  
Carrera 1 núm. 19-27, edificio Aulas 6, piso 2  
Bogotá, Colombia  
Teléfono: 3394949, ext. 2133  
<http://ediciones.uniandes.edu.co>  
[infeduni@uniandes.edu.co](mailto:infeduni@uniandes.edu.co)

© Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología

Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas  
Universidad Nacional de Colombia  
Ciudad Universitaria, ed. 205, of. 222  
Bogotá, Colombia  
Teléfono: 3165000, ext. 16208  
[www.humanas.unal.edu.co](http://www.humanas.unal.edu.co)  
[editorial\\_fch@unal.edu.co](mailto:editorial_fch@unal.edu.co)

ISBN: 978-958-774-051-6

ISBN e-book: 978-958-774-052-3

Corrección de estilo: Guillermo Díez  
Corrección de estilo en portugués: Luciana Andrade Stanzani  
Diagramación interior: Leonardo Cuéllar  
Diseño de cubierta: Víctor Gómez  
Ilustración de cubierta: *Informe*, de Víctor Gómez

Impresión:  
Editorial Kimpres SAS  
Calle 19 sur num. 69C-17  
Teléfono: 4136884  
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Uniandes y el Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia.

*En memoria de Anastasia Candre Yamakuri*  
(1962-2014)



# Contenido

ÍNDICE DE FIGURAS · XI

PRESENTACIÓN · 1

CLAUDIA STEINER SAMPEDRO

CARLOS GUILLERMO PÁRAMO BONILLA

ROBERTO PINEDA CAMACHO

PRIMERA PARTE: DEL CONGO AL PUTUMAYO · 11

Roger Casement: un oxímoron diplomático · 13

BEATRIZ ALZATE ÁNGEL

“Más poder para los indios”:

Roger Casement y los derechos indígenas · 29

SÉAMAS Ó SÍOCHÁIN

Crónica de una publicación anunciada:

el *Libro Azul* británico y los informes de Roger Casement · 47

LUISA ELVIRA BELAUNDE

SEGUNDA PARTE: PARADOJAS COLONIALES · 71

Entre teorías raciales y exhibiciones: en torno al informe

de Casement sobre el Putumayo · 73

JEAN-PIERRE CHAUMEIL

Variaciones enigma: las vidas míticas de Roger Casement · 91

CARLOS GUILLERMO PÁRAMO BONILLA

La selva por cárcel · 151

MARGARITA SERJE

Del Congo a Urabá: reyes, arqueólogos y traidores · 173

CLAUDIA STEINER

Causas, estrategias y respuestas africanas ante la cauchería  
anglo-belga en la cuenca del río Congo · 195

PAOLA VARGAS ARANA

TERCERA PARTE: PERSONAJES Y MEMORIAS · 231

La suerte de Robuchon · 233

JUAN ÁLVARO ECHEVERRI

John Brown: un personaje de leyenda y testigo de excepción · 253

RAMIRO ROJAS BROWN

Cómo murió mi abuelo Boca-de-maguaré

—Un relato de don José García de la Nación Muinane— · 269

FERNANDO URBINA RANGEL

Casa Arana: realidad como una pesadilla de terror · 289

ANASTASIA CANDRE YAMAKURI

O Cônsul Roger Casement no Brasil de Euclides da Cunha · 305

FREDDY ORLANDO ESPINOZA CÁRDENAS

CUARTA PARTE: EL PROCESO CONTRA JULIO CÉSAR ARANA · 323

'Arana comes to face the music': el Paraíso del

Diablo en el estrado británico · 325

CARLOS ANDRÉS BARRAGÁN Y ROBERTO PINEDA CAMACHO

SOBRE LOS AUTORES · 459

# Índice de figuras

## Entre teorías raciales y exhibiciones:

### en torno al informe de Casement sobre el Putumayo

- Figura 1. La “etnografía” de Carlos Rey de Castro · 77  
Figura 2. El busto de Casement en el parque Orellana de Leticia · 78  
Figura 3. Un grupo de huitotos-bora del Putumayo  
identificado como “campas del Ucayali” · 82  
Figura 4. Cuadro de Omarino y Ricudo pintado por  
William Rothenstein en Londres (1911). · 86

## Variaciones enigma: las vidas míticas de Roger Casement

- Figura 1. *Variaciones sobre un tema original*, Op. 36, de Edward Elgar · 91  
Figura 2. Edward Elgar en 1905 · 95  
Figura 3. Casement hacia 1914 · 95  
Figura 4. Frontispicio de la segunda edición en castellano  
de *La jangada: 800 leguas por el Amazonas* · 101  
Figura 5. *Veinte mil leguas de viaje submarino*;  
primera parte, capítulo XXIII · 105  
Figura 6. Frontispicio del ejemplar, algo ajado pero precioso, de *La guarida  
de los asesinos* que reposa en la Biblioteca Nacional de Colombia · 109  
Figura 7. “Lope de Aguirre, el traidor”. Grabado de R. Baroja · 114  
Figura 8. “Lord John Roxton” · 115  
Figura 9. “[...] Rodeó con sus brazos las piernas de lord  
John y apoyó su cara contra ellas” · 120  
Figura 10. Altmont captura a Von Bork · 126  
Figura 11. James Maybrick · 136  
Figura 12. “Hombre-medicina bora, con mi rifle” · 140  
Figura 13. Noticia del *Poverty Bay Herald* de Nueva Zelanda · 141  
Figura 14. “Casement en el cadalso” · 144

## Del Congo a Urabá: reyes, arqueólogos y traidores

- Figura 1. “El sable robado” · 174

### La suerte de Robuchon

Figura 1. “La conciencia de Arana” · 247

### Cómo murió mi abuelo Boca-de-maguaré

—Un relato de don José García de la Nación Muinane—

Figura 1. Relieve escultórico. Calavera. Tizi: *El Hombre-hueso* · 273

Figura 2. La ofrenda. KimaBaiji deposita coca  
(mambe) y tabaco (ambil) · 276

Figura 3. “La pierna tenía dos ojos y boca y nariz y frente...” · 279

Figura 4. “Al abuelo se le fueron secando sus ojos” · 280

Figura 5. “Lo engañábamos haciendo que le sacábamos  
los piojos. Pero no tenía” · 283

Figura 6. “Mi madre y mi tía lo envolvieron en la hamaca...” · 284

Figura 7. “Mi abuelo KimaBaiji quedó encantado en  
tigre, cuidando nuestra tierra” · 287

### Casa Arana: realidad como una pesadilla de terror

Figura 1. Fotografía tomada del álbum del padre  
capuchino Antonio Jover Lamaña · 295

### O Cônsul Roger Casement no Brasil de Euclides da Cunha

Figura 1. Sede do *Santos Athletic Club*, adscrito ao consulado inglês · 308

Figura 2. Panorama da Praça da República, em Belém do Pará, 1910 · 310

Figura 3. Roger Casement na ilha do Guarujá, em 1909 · 313

Figura 4. Foto da página 6, recortada, do *Jornal do Brasil*,  
segunda-feira, 16 de agosto de 1909 · 315

Figura 5. Foto do jornal inglês *Daily Mirror* · 321

### ‘Arana comes to face the music’: el Paraíso del Diablo en el estrado británico

Figura 1. Casement dialogando en la maloca · 326

Figura 2. “La conciencia de Arana” · 332

Figura 3. Bosquejo a mano alzada del señor Arana durante  
la Audiencia en el House of Commons · 335

Figura 4. Tres jóvenes indígenas huitoto, “muchachos de servicio”,  
portando escopetas de percusión de posible fabricación inglesa,  
consideradas obsoletas desde la segunda mitad del siglo XIX.

Éstos están acompañados del negro barbadense Stanley Sealey,  
inspector de la Peruvian Amazon Rubber Company · 337

# Presentación

CLAUDIA STEINER SAMPEDRO  
CARLOS GUILLERMO PÁRAMO BONILLA  
ROBERTO PINEDA CAMACHO

Hace cien años se desarrolló en Londres un pequeño gran drama. A no mucha distancia de donde se erigió el Globe Theater, donde Shakespeare estrenó gran parte de sus obras, y también enfrentando el río Támesis, pero en la orilla contraria, encarando asimismo a un público expectante, otro Julio César, Julio César Arana, barón peruano del caucho, se hacía presente ante la comisión mixta de investigación del Parlamento británico, que los sindicaba a él y a su vasta empresa —la Peruvian Amazon Company, más conocida como la Casa Arana— del holocausto de más de cuarenta mil indígenas en el distrito colombiano del Putumayo. El porqué este patricio de Loreto se había tomado la molestia de cruzar el Atlántico para responder a las inquisiciones de un tribunal que, en cualquier caso, no tenía jurisdicción sobre él, no sólo hallaba respuesta en la dimensión de las acusaciones, sino en su repercusión planetaria. El escándalo tenía igualmente por escenario el *teatro global*.

Desde 1909 —cuando Walter Hardenburg, ingeniero neoyorkino que se desplazaba desde Buenaventura hasta el río Madeira brasileño, siguiendo el curso del Putumayo, sostuvo en las páginas de la revista londinense *Truth* haber sido rehén de los secuaces de Arana y testigo de sus crímenes—, los lectores de prensa del mundo entero, por no decir que un número considerable de cancillerías, habían concentrado su atención en lo que vino a conocerse, conforme el título de tales artículos, como “The Devil’s Paradise”, “El Paraíso del Diablo”. Sin embargo, el alboroto propiamente dicho se hallaba en el subtítulo: “Un Congo de propiedad británica”, que entonces evocaba las espeluznantes develaciones que en 1903 la misma Gran Bretaña había hecho con respecto a los desafueros, muy parecidos, perpetrados por la agencia personal del rey Leopoldo II de Bélgica contra la población nativa del Estado Libre del Congo.

El influyente informe de 1904 adelantado por el *Foreign Office* —si bien, como lo demuestra el artículo de Paola Vargas en este volumen, estuvo lejos de ponerles

coto a los desmanes— había servido para frenar la empresa de Leopoldo II y, tanto más, para conferirle al Reino Unido un halo de superioridad moral que ahora, tan sólo cinco años después, se veía puesto en entredicho ante las revelaciones de que la sociedad cauchera de Arana tenía asiento en Londres desde 1907, que contaba con una junta directiva eminentemente sajona y, peor aún, que ejercía el terror contra los indígenas, los esclavizaba, cazaba como animales, aniquilaba de hambre y torturaba, mediante el empleo de capataces provenientes de la isla de Barbados, súbditos *de facto* de la Corona.

Para desenredar el entuerto, la Cancillería británica comisionó al mismo personaje que antes había preparado con inusitada valentía el informe sobre el Congo, el irlandés Roger Casement, que a la sazón se encontraba en Brasil desempeñando un cargo consular relativamente inocuo —o eso aseguraba él— y sobre todo tedioso. Casement arribó a la región del Putumayo en septiembre de 1910, y como resultado de sus investigaciones y entrevistas a los barbadenses, produjo al cabo de dos años un desolador documento que, conforme la política editorial del Parlamento, en cuanto hacía parte de la colección de tapas azules que cada año examinaba en profundidad distintos aspectos de la actividad política nacional o de su injerencia internacional, vino a conocerse universalmente como *Putumayo Blue Book* o el *Libro azul del Putumayo*; incluso, muchas veces se conoció simplemente como el *Informe Casement* o el *Informe del Putumayo*.

Pero aparte de su título, varios fueron los resultados inmediatos de su aparición: rápidamente fue disuelta la junta de la Peruvian Amazon Company, y el escarnio internacional contra Julio Arana —quien, en un gesto desesperado, no exento de coraje, buscó desestimar los cargos en su contra, presentándose *motu proprio* ante la comisión de investigaciones, en 1913— condujo a que su imperio amazónico empezara a hacer agua, y, luego de la disolución de la compañía, en 1919, terminó hundiéndose definitivamente hacia 1934, casi simultáneamente con la conclusión del conflicto colombo-amazónico iniciado en 1932<sup>1</sup>. Todo esto, además, para el beneplácito y la conveniencia de Gran Bretaña —que por entonces ya tenía en plena producción sus recientes plantaciones de caucho en Malasia, hechas a punta del contrabando de semillas amazónicas—, y con la aquiescencia del Gobierno colombiano, que, aunque sabía de las atrocidades desde hacía un tiempo considerable, sólo con la aparición del *Libro Azul* supo sumarse al

1 Es importante precisar que la misión de Casement y el *Informe* atenuaron sensiblemente las peores vejaciones contra la población indígena en la zona colombiana, pero que el sistema de explotación de la Casa Arana se mantuvo esencialmente similar en la orilla peruana durante dos décadas más, por cierto, con la adición de un numeroso contingente de indígenas de varios grupos del lado putumayense que fueron deportados por la fuerza hacia la jurisdicción de Loreto, antes de que las autoridades colombianas pudieran o quisieran intervenir. Los descendientes de estos hombres y mujeres desplazados rehicieron su vida comunitaria en la Amazonia peruana o retornaron a Colombia, muchas veces en busca de lo que pervivió de la familia de sus antepasados.

clamor, comisionando la aparición de su propio *Libro Rojo*, compendio que en sí mismo respondía más a la preocupación por las violaciones a la soberanía y por el atropello contra los caucheros nacionales blancos, que a la suerte de sus diezmadas sociedades indígenas. Sobre esta misma ola, el papa Pío X escribió su encíclica *Lacrimabili Statu Indorum*, de 1911, instrumental para la asignación de una misión franciscana en La Chorrera, compuesta por irlandeses a petición de Casement, y luego, para la más exitosa consolidación de los capuchinos catalanes en el bajo Putumayo. Estas misiones, aunque también fueron agentes de cambio, muchas veces de forma brutal, igualmente fueron decisivas en la preservación y reanimación de la vida física y social de los esclavizados sobrevivientes, y tanto más, para acercarlos a la lectoescritura, poderosa arma de sus futuras luchas.

Las razones abundan, entonces, para que Casement y su *Informe* merezcan conmemoración.

Ya desde hace cuarenta años o un poco más, la antropología colombiana o volcada hacia Colombia supo reconocer la importancia del viaje del cónsul y las subsecuentes revelaciones. Al trabajo de campo adelantado entre los renacientes andoque, a cargo de Jon Landaburu, Manuel José Guzmán y Roberto Pineda Camacho, así como la larga y profunda introspección en la cultura uitoto que adelantó Horacio Calle Restrepo, se sumaron las influyentes inmersiones etnográficas en la Amazonia colombo-peruana de Michael Taussig, Jürg Gasché y Mireille Guyot, y la acuciosa labor etnohistórica de Augusto Javier Gómez y Alberto Chirif, todos estos simientes de lo que hoy en día constituye un genuino campo de investigación con una amplia y creciente producción. En cada caso, el *Informe*, bien fuera en primer plano o entre bambalinas, mediado por las interpretaciones indígenas del etnocidio, aparecía y pervive como una importante línea divisoria en la historia amazónica. Pero igualmente, no puede subestimarse su papel en la historia mundial de los Derechos Humanos, rol sobre el cual gira el texto, en este libro, del antropólogo Séamas Ó Síocháin, el mismo escritor de la que es reconocida como la más minuciosa biografía de Casement.

Y, no obstante, a esta incuestionable relevancia le hace contrapunto cierta arraigada desatención sobre el *Informe* y sus circunstancias en nuestra conciencia histórica nacional, por no decir que, salvo notables excepciones, en las escuelas o departamentos de Historia de Colombia y Perú. Mucho de ello tiene que ver, ciertamente, con el tradicional desdén de las sociedades nacionales por la situación de sus poblaciones vulnerables en las zonas de frontera (campesinos, negros, indígenas), la cual, aún hoy, sigue siendo precaria. Aunque puede que en nuestros días los pueblos indígenas cuenten con evidentes derechos y mecanismos de acceso a la política y la educación que les eran imposibles a sus antepasados de hace cien años, y que un exterminio de las proporciones del Putumayo tal vez sea menos fácil que ocurra hoy en día, lo cierto es que casi nunca se recuerdan y examinan en los textos de historia escolar o en las instituciones

de memoria pública éste u otros episodios de la paradójica consolidación de nuestras fronteras, a cien años de su emancipación de España. En esa clave, también es posible que en ello haya incidido irónicamente la postrera infamación de Casement, quien después de las denuncias y de ser nombrado “Sir” en 1911 por su labor diplomática y humanitaria, abrazó decididamente la causa nacionalista irlandesa, y con tal propósito no vaciló en buscar el apoyo de Alemania durante la Primera Guerra Mundial, lo cual llevó a que los victoriosos Aliados no sólo denostaran su figura como la de un traidor irredimible, sino que para reforzarlo trajeron a colación los que presuntamente eran sus diarios, que lo mostraban como un homosexual encubierto (es decir, un perverso según la moral y la ley de entonces) que fundamentalmente había aprovechado sus viajes amazónicos para darle rienda suelta a su desmedido apetito sexual.

Todo esto ha empezado a cambiar en la última década, en parte por la consciencia derivada del centenario de los acontecimientos (impulsada particularmente, hay que decirlo, por distintas organizaciones indígenas amazónicas), y en parte por el hecho de que justamente en 2010 apareció la novela *El sueño del celta* de Mario Vargas Llosa, que versa sobre Casement, al tiempo que al escritor arequipeño le conferían el Premio Nobel de Literatura. Gracias a ello, la figura de Roger Casement pasó a ser conocida por el público general. Pero irónicamente, esto puso asimismo de presente que aun en nuestro país muchos de los comentaristas y lectores de la novela ignoraban o recién descubrían el significativo capítulo putumayense de la vida del héroe.

Fue en respuesta a estos estímulos que cobró vida la presente publicación. Con ésta, nos interesó por igual remarcar la importancia del *Informe* en nuestra historia y para la antropología latinoamericana, así como sumarnos a lo que hasta la fecha se ha escrito sobre el cónsul y sus denuncias, desde perspectivas tanto originales como nuevas. Es decir, buscamos complementar la creciente literatura sobre el personaje y el momento, definitivamente no repitiendo lo que ya se ha publicado, sino aportando nuevas visiones, algunas muy heterodoxas o críticas —que aun así, y por lo mismo, parten de reconocer *cuánto de esta historia nos pertenece*—, y otras que dan luz a documentos previamente casi inasequibles para los lectores hispanohablantes o a recuentos inéditos desde la interpretación indígena.

En la primera parte, hemos querido revisar las circunstancias históricas e ideológicas del *Libro Azul*, que por fuerza mayor se remontan a la previa experiencia de Casement en el Congo, examinada en el artículo de Vargas, y que igualmente emplazan al personaje como diplomático, o mejor, en cuanto “oxímoron diplomático”, según la provocadora interpretación de una experta en la materia, Beatriz Alzate. De paso, urdimos los elementos mínimos para ubicar a nuestros lectores en la biografía y la ideología del cónsul. Séamas Ó Síocháin, en su escrito ya mencionado, demuestra cómo a partir de su incursión en el

Putumayo, el pensamiento de Casement se hizo cada vez más abierta y sistemáticamente crítico de las nociones más caras al colonialismo occidental de su época, y hasta cierto punto, todavía de la nuestra: en las categorías de Imperio, Civilización, Capital y control de la tierra encontró puntos de entronque entre los destinos de América Latina y su nativa Irlanda. En contraste, Freddy Espinoza adelanta un sugestivo ejercicio microhistórico y examina al cónsul reportando desde Río de Janeiro el trágico deceso, en 1909, de la romántica y trascendental figura de las letras brasileñas, y notable viajero amazónico, Euclýdes da Cunha.

Otro hito en el centenario del *Informe* ha sido la publicación de su primera traducción íntegra. Insólitamente, del *Libro Azul* sólo contábamos hasta el año pasado con fragmentos vertidos al castellano, a veces de manera muy deficiente, que en cualquier caso dejaban de lado el grueso de la información recogida, constituida por la transcripción de los testimonios de los barbadenses. La reciente aparición en Perú de este documento en su totalidad, bajo los auspicios del Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP) y el Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas (IWGIA), llena un vacío fundamental y complementa felizmente nuestro volumen. Aquí, su traductora, Luisa Elvira Belaunde, ella misma una reconocida etnógrafa de la Amazonia peruana, reflexiona sobre los múltiples desafíos que implicó esta tarea. En la segunda parte, Jean-Pierre Chaumeil se detiene a auscultar el *otro* e indisociable lado del cónsul y su documento, que nos obliga a mirar de manera crítica los elogios que tanto su vida como su obra han recibido muchas veces, en particular desde el advenimiento de *El sueño del celta*. Sin demérito de su impacto y su innegable sentido humanitario, el *Informe* también demuestra su relación con los paradigmas y prejuicios de su época, y con esa manifestación, tan característica e influyente en el pensamiento antropológico que por entonces aún se fraguaba a uno y otro lado del Atlántico, que fueron las exhibiciones de tipos raciales.

Otro aspecto particularmente relevante del *Informe* y, en general, de “los escándalos” del Putumayo, es su dimensión literaria. No sólo abarca los testimonios reunidos en el *Libro Azul* en cuanto paradójicas formas de nombrar lo innombrable, sino que por fuerza mayor inserta el recuento en la ideografía y la arquetipia de la barbarie, la selva y lo salvaje. El viaje de Casement hacia las profundidades del Congo y del Putumayo no puede sino evocar el *tema* —en el sentido mitológico y poético del término— del descenso a los Infiernos, órfico o cristiano, y se entronca por ello en una tradición que va desde *La Eneida* hasta la actual literatura sobre el secuestro selvático. Como bien lo asevera Margarita Serje en su artículo sobre el *topos* de la selva como cárcel, éste enyunta a “Lope de Aguirre, a Arturo Cova y a Ingrid Betancourt; a Casement, a Fitzcarraldo y al general Rafael Reyes”. Pero asimismo, el *Informe* se ubica en un universo que tiene por congéneres a la *Divina Comedia* y a *El corazón de las tinieblas*, por un lado —tanto más dada la muy conspicua relación personal de Casement con

Joseph Conrad—, y por otro, las novelas de viajes y aventuras del colonialismo decimonónico, las de Julio Verne, claro está, y aquella de ese otro camarada de lucha y amigo del cónsul, *El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle. (Luego todos estos temas hallarán igual o mayor cabida y reflexión en ese incomparable epítome, literal hijo del *Informe*, que es *La vorágine* de José Eustasio Rivera<sup>2</sup>). Y no sobra aclararlo: esta relación, al contrario de disecar las denuncias y atestaciones de un entorno real y de acción política, demuestra más bien cómo la real política también se ejerce desde marcos culturales predeterminados por formas estéticas concretas y convencionales. Es así como los tropos del *Informe* y las actitudes y opiniones de Casement no sólo admiten sino que tal vez reclaman ser entendidos en ese contexto. El artículo de Carlos Páramo busca, en consecuencia, ubicar al irlandés y su documento en el universo de modelos míticos que dispusieron tanto su hechura como su interpretación. Por su parte, Claudia Steiner emplaza aún más *lejos*, en todo el sentido espacial y temporal de la medida, la fantasmagoría colonial, examinando el destino de dos sucesores de Leopoldo II: uno, el que presidió la “entrega” a regañadientes del Congo a sus habitantes naturales, tras una independencia en la que prevalecieron los intereses de la administración ultramarina y sus aliados en tiempos de la Guerra Fría; el otro, el que realizó sus sueños de explorador tropical llegando también hasta nuestro Urabá.

Pero justo porque el *Informe* encarna una forma compleja de épica trágica, por igual arcaica y desgarradoramente contemporánea, Roger Casement no es su único protagonista. Están aquellos que lo precedieron en las denuncias, a veces menos vehementes o eficaces o capacitados, u otros que en su momento fueron maniatados, extorsionados o simplemente silenciados y desaparecidos. Habría que mencionar a Benjamín Saldaña Rocca, ese combativo periodista y agitador iquiteño que enfrentó sin cuartel a Julio Arana y asociados desde sus periódicos *La Sanción* y *La Felpa*, al coste del enorme riesgo personal que a la postre signó su exilio en Lima. O a esos colombianos anónimos que extendieron sus reclamos al general Rafael Uribe Uribe en 1906, luego ventilados en varios artículos que vinieron a hacer parte de su *Por la América del Sur*. O el ya mencionado Hardenburg. Otros, en cambio, fueron importantes por lo que vieron y

2 Rivera no parece haber tenido acceso al documento original del *Informe* —y, en cualquier caso, su conocimiento del inglés era mínimo—, pero sí, en cambio, supo de sus revelaciones y acusaciones gracias a otras obras colombianas o peruanas que hicieron las veces de cajas de resonancia en sus respectivos países, añadiéndoles además otros testimonios tanto o más espeluznantes, muchas veces tomados de las víctimas directas: *Por la América del Sur* de Rafael Uribe Uribe (1908), *Las crueldades de los peruanos en el Putumayo y en el Caquetá* de Vicente Olarte Camacho (1911), *De París al Amazonas* de Cornelio Hispano (1912), *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos* de Carlos A. Valcárcel (1915), *La Amazonia colombiana* de Demetrio Salamanca Torres (1917) y el ya referido *Libro Rojo* de 1913.

callaron, o porque por ver fueron callados. Thomas Whiffen, aventurero y explorador inglés, produjo una de las más importantes etnografías de la época sobre los grupos indígenas del bajo Putumayo —*The North-West Amazons*, de 1915—, mas sólo atinó a salir públicamente de su equívoco y parcial silencio respecto a las atrocidades, que en cualquier caso nunca mencionó en su libro, durante la investigación preliminar adelantada en Londres por la Cancillería, en 1909, la cual condujo a que Casement entrara en escena. Más tarde, el mismo Whiffen participó en las diligencias del comité parlamentario, incluso de manera más activa y publicitada; pero entonces lo movían por igual motivos personales, ya que en el interludio Arana lo había acusado de chantaje. Y, no obstante, la razón primaria de su desplazamiento hacia los dominios de la Peruvian Amazon había sido la de seguir las huellas de otro explorador perdido (hecho que en sí mismo era un lugar común en la literatura ficcional y periodística de la época): el geógrafo Eugène Robuchon, que originalmente había sido comisionado por el consorcio de Arana en 1903 para hacer la corografía de sus predios, pero que al parecer por haber “visto” demasiado desapareció convenientemente en la manigua, se decía que víctima de los caníbales. En la tercera parte, la suerte histórica y simbólica de este personaje —hecho célebre en *La vorágine*, en su encarnación como el “mosiú” al que acompañó Clemente Silva— la examina aquí, con tenacidad detectivesca, el artículo de Juan Álvaro Echeverri, quien, como no lo había hecho nadie antes en esa escala, le siguió la pista hasta los archivos franceses. Cosa extraordinaria, a Robuchon, a Whiffen y a Casement (y, según su testimonio, incluso a Hardenburg) los unió además un ser que en sí mismo fue protagonista de una importante obra de la literatura colombiana, *Los infiernos del Jerarca Brown* de Pedro Gómez Valderrama. Se trataba de John Brown, negro chicaguense, sobreviviente del holocausto cauchero, veterano del conflicto de Leticia, fundador de puertos a la vera del emblemático río y respetado apóstol de los enteógenos en la década de los setenta, cuya vida genuinamente legendaria enhorabuena ha sido aquí exhumada por su nieto Ramiro Rojas, en un artículo que sintetiza sus pesquisas y descubrimientos.

Y sobre todo, el testimonio más rico, crudo y profundo —en una clave que tiene por qué hacer un contraste desafiante con las fórmulas y los prejuicios del cónsul Casement— es aquel que durante generaciones han portado en la piel y la memoria los miles de herederos, hombres y mujeres, de las sociedades indígenas víctimas de la cauchería, algunas literalmente obliteradas para siempre, bajo el impulso “civilizador” de la expoliación de la selva y la mirada cómplice o complacida de los gobiernos peruano, colombiano y brasileño, otras renacidas de las cenizas y hoy en día pueblos activos y vitales. Como tiene por qué ser y haber sido, para estos grupos la relación con la memoria de la esclavización y el exterminio ha sido todo menos fácil y universal. Algunos, de hecho la mayoría, optaron por “olvidar recordando”, consignando el resquemor de la evocación

en lo que bellamente dieron en llamar “el canasto de la historia”: un verdadero “lugar de memoria” que habría de mantenerse cerrado, aunque siempre se supiera dónde está, pues su invocación, su destape, era y todavía es en muchas ocasiones acicate para la enfermedad y la brujería. Sabiamente asumieron, se impusieron, olvidar para poder volver a ser.

Hoy en día, mientras se escriben estas líneas, nuevas generaciones, herederas de estos herederos, han cuestionado legítimamente ese silencio y, bajo el influjo de la angustia nacional por la memoria y la reparación, han buscado empezar a recordar. El año pasado en La Chorrera (Amazonas), antigua estación de la Casa Arana, varios grupos de la zona destaparon el canasto y erigieron un centro de memoria (o como han querido llamarla, una “Casa del Conocimiento”) en el edificio que alguna vez fue el corazón emblemático del exterminio. No obstante, incluso cuando aún sean recelosas de abrir el canasto, muchas otras personas o comunidades indígenas, si no todas, también han mantenido vivo el recuerdo bajo el envoltorio de lo que la lógica occidental ha dado en llamar “Mito”, para diferenciarlo de su propio mito, que es la Historia... Pero como lo ha demostrado una y otra vez el registro de nuestras fronteras —amazónicas, orinoquenses, caribeñas, pacíficas, etc.—, discernir allí entre el Mito y la Historia, hasta en el registro oficial “blanco”, es las más de las veces tarea imposible. El relato de don José García, sabedor muinane, recogido y rigurosamente analizado por Fernando Urbina, que lo acompaña con sus fotografías, tanto o más elocuentes, y la narración personal, por igual poética y adolorida, de Anastasia Candre, artista plástica okaina-uitoto, ilustran esa potente aleación en la memoria indígena.

Y por último, la cuarta parte se halla constituida generosamente por la primera traducción al castellano, acometida y contextualizada por Carlos Andrés Barragán y Roberto Pineda Camacho, de las minutas del interrogatorio al que fue sometido Arana por parte de la comisión parlamentaria mixta, hace cien años, en Londres. Los sorprendentes matices del proceso ponen de presente que entonces, como ahora, no sólo estuvo en juego mucho más que el duelo entre el Bien y el Mal —o entre “El Diablo y Mr. Casement”, como se intitula el reciente recuento de Jordan Goodman—, sino que igualmente tenían cabida allí los intereses económicos e imperialistas británicos (a sólo un año de que el estallido de la Gran Guerra iniciara una irreversible transformación en el ordenamiento político colonial), las pugnas fronterizas entre Colombia y Perú, y entre Loreto y Lima, así como las disonancias culturales, que hacían equívoco el sentido de las palabras en castellano volcadas al inglés. En todo ello se mezclaban dosis sensibles y proporcionales de idealismo e hipocresía. A la postre, en el más clásico molde shakesperiano, lo que trasciende de esta lectura y, en general, del conjunto de los textos en este volumen es a la vez la sensación de ser testigos de una comedia de errores, pero sobre todo de una enorme tragedia.

\* \* \*

La motivación original de este volumen surgió del evento organizado por los suscritos y los departamentos de Antropología de la Universidad Nacional y la Universidad de los Andes, ocurrido en octubre de 2010, que llevó el mismo título. Aunque los artículos aquí presentados son posteriores y exclusivos, buena parte de los participantes esbozaron la primera versión de sus textos en esta jornada. Otras contribuciones, en cambio, fueron concebidas explícitamente para este libro. En cualquier caso, va toda nuestra gratitud para ambos departamentos, y en particular para sus directores de entonces, respectivamente, Carlos Miñana, Roberto Suárez y Carlos Alberto Uribe, sin cuyo concurso el evento y esta secuela no hubieran pasado del diseño en el papel. De igual manera, resaltamos y agradecemos la invaluable colaboración de Catalina Caro y María Fernanda Galindo en la concreción y el apoyo logístico del encuentro de entonces; de Nidia Vargas en la revisión inicial de los textos, de Guillermo Díez en la detallada y siempre respetuosa corrección y unificación de estilo, y de Natalia Ortiz en la cuidadosa traducción del artículo del profesor Ó Síocháin.

*Los compiladores*  
Bogotá, D.C., junio de 2014

*Post scriptum:*

Con honda tristeza nos hemos enterado del súbito fallecimiento, el 18 de mayo del año en curso, de nuestra amiga Anastasia Candre, autora de una hermosa pieza incluida en este libro. Nativa de La Chorrera —epicentro y cabeza administrativa de la explotación cauchera— y descendiente por las vías materna y paterna de sobrevivientes tenaces del Holocausto, Anastasia adelantó en sus poemas, yanchamas, conferencias e investigaciones académicas, y siempre con belleza, una reflexión profunda sobre la historia, el saber y su ser mujer indígena, así como luchó incansablemente por recuperar y preservar los cantos de sus mayores. Fue una persona *dulce*, en el sentido de muchas sociedades amerindias y de su propia Gente de Centro: curadora, dadora de vida, custodia y enseñadora de memoria.

Y en memoria suya dedicamos este volumen.



**PRIMERA PARTE**  
**DEL CONGO AL PUTUMAYO**



# Roger Casement: un oxímoron diplomático

BEATRIZ ALZATE ÁNGEL

Nos dice Claudio Magris (1999: 13): “El desencanto es un oxímoron, una contradicción que el intelecto no puede resolver y que sólo la poesía puede expresar y custodiar”. Así fue la vida de Casement, inmerso en oposiciones desde sus años iniciales. Hijo de una irlandesa católica, quien lo hizo bautizar secretamente junto con sus tres hermanos mayores, y de un padre irlandés protestante, cuya familia acogió a los huérfanos Casement Jephson, cuando Roger se encontraba en plena adolescencia. Allí, dice su biógrafo Inglis (1973: 23), “fue a la escuela y pensó como un *Ulsterman*”.

De sus ancestros maternos heredó el gusto por la música y, posiblemente, las dotes para la poesía, en la cual incursionó muchas veces, influenciado por las enseñanzas recibidas en la Escuela Diocesana, más tarde Academia Ballymena, donde recibió una educación formal, especialmente en literatura inglesa y francesa. En esa época afianzó el fuerte arraigo al campo irlandés y los sentimientos nacionalistas que más tarde habría de expresar a plenitud.

Por el lado paterno, provenía de comerciantes y propietarios de barcos mercantes. Su padre viajó a Calcuta, en India, donde lo comisionaron en los “Third Light Dragoons” para guerrear contra afganos y sijes. Posteriormente, colaboró en Europa en las luchas húngaras de independencia. Fue un entusiasta del movimiento feniano de Irlanda, al igual que de León Gambetta y su intervención en la guerra Franco-Prusiana. Con pocos empleos estables luego de abandonar el Ejército inglés, llevó a su familia a trasladarse continuamente entre Irlanda, Inglaterra y Francia. Al quedar viudo y con pocos recursos económicos, el padre de Casement vio aumentar su mal genio, que descargaba mediante una “estricta disciplina acompañada con fuertes azotes [...] Era temido por sus hijos, excepto por Roger (David), a quien nadie podía someter si pensaba que tenía la razón” (Ó Síocháin, 2008: 9). La dura crianza “se reflejó en la posterior actitud de Casement ante la vida. Desde Brasil escribía que el país necesitaba un fuerte ataque de disciplina, comenzando por los niños y finalizando con los adultos” (Ó Síocháin, 2008: 239). A pesar de las desavenencias con su padre, Casement

siguió sus pasos en lo relativo a pensamientos liberales, en medio de ancestros leales al Imperio inglés.

El escritor Ó Síocháin (2010: 143) recuerda, al pensar en la vida de Casement, un proverbio irlandés que dice: “Veinte años creciendo, veinte floreciendo y veinte decayendo”. Al terminar la primera etapa, los hermanos mayores, Tom y Charlie, viajaron a Australia, mientras que Roger fue contratado por la Compañía Elder Dempster de Liverpool, en donde pasó un par de años. Aburrido de estar atado “a la silla y la pluma”, según decía su hermana Nina (citada por Ó Síocháin, 2008: 15), o por disgustos con uno de los propietarios de la empresa, Alfred Jones —quien se convertiría más tarde “en el mayor defensor del régimen del rey Leopoldo en el Congo” (Ó Síocháin, 2008: 501)—, se empleó como contador en uno de los barcos de la Compañía, que hacía la ruta Inglaterra-África Occidental.

Al completar 20 años de vida, en 1884, recibió la aceptación de su solicitud para trabajar con la Asociación Internacional Africana, dirigida por el célebre explorador Henry Morton Stanley, quien supervisaba las expediciones por el río Congo, considerando que tenía “la misión de verter la civilización de Europa en la barbarie de África. Fiel a la era victoriana, estaba convencido de que eso debía hacerse a través del comercio y que el Congo era la arteria idónea” (Forbath, 2007: 365). A pesar de sus esfuerzos para que Gran Bretaña se involucrara en la economía del Congo, los gremios y políticos no le habían puesto atención a Stanley, tildándolo de soñador. Encontró algunas excepciones, como “el estadista francés Léon Gambetta, quien le aseguró que [Stanley] no sólo puso un continente nuevo delante de los ojos, sino que impulsó un proyecto científico y filantrópico que incidiría en el progreso material del mundo” (Forbath, 2002: 375). Ésta era la visión del político admirado por el padre de Roger Casement.

La Asociación Internacional Africana, en la cual entró Casement a trabajar, había sido un ardid político del rey Leopoldo II de Bélgica para “iniciar todo género de actividades en África sin injerencia del Gobierno belga” (Forbath, 2002: 375). Dicho monarca estaba interesado en la cuenca del Congo y se informó sobre las presentaciones de Stanley. Al saber que el explorador se encontraba en Marsella (1878), lo mandó invitar a Bruselas pero el viajero no aceptó y continuó hacia Londres. Unos meses después, Leopoldo II pudo proponer a Stanley la financiación de la apertura de caminos y la línea férrea en el Congo. Entre esa fecha y 1884, cuando Casement fue contratado, Stanley logró afianzar la presencia europea, particularmente la belga, en la zona del Congo. “Había armado los cimientos para el dominio particular de Leopoldo II. Apenas seis meses después de que Stanley regresara a Europa, aquel reino obtendría el reconocimiento oficial de todas las grandes potencias” (Forbath, 2002: 404).

Leopoldo II dio la partida para la carrera colonialista de Europa en África. Francia promovió al explorador Pierre Savorgnan de Brazza, italiano de

nacimiento pero ciudadano francés por sus servicios como marino en la guerra Franco-Prusiana, quien, en 1889, logró llegar a la orilla derecha del Congo. Portugal, situado en Angola, recibió la oferta de Gran Bretaña para firmar un tratado que reconocería su soberanía en el río Congo, a cambio de otorgar el libre comercio a los británicos. Alemania, con el liderazgo de Otto von Bismarck, se estableció en campamentos de Tanganica, Togolandia, y en Camerún.

El rey belga decidió manejar los hilos secretos de la política internacional. Intrigó contra Portugal para evitar que Francia o Gran Bretaña monopolizaran el comercio y “aseguró a Alemania que si la Asociación Internacional Africana controlaba el río, cedería una zona franca donde todas las naciones podrían comerciar” (Forbarth, 2002: 408). Se convocó, en noviembre de 1884, a una reunión para tratar de solucionar los conflictos regionales. “Mediante el Acta de Berlín se declaró al Congo como territorio en fideicomiso bajo la Asociación Internacional Africana. Lo que no fue reconocido a Francia o a Portugal, se cedió al Estado Libre del Congo y entregó a Leopoldo a título personal” (Hobarth, 2002: 409).

Así era el entorno geopolítico en el cual debía actuar el joven y novato Casement. Durante cinco años, entre 1886 y 1891, trabajó en forma voluntaria, y luego como funcionario, en asuntos que tenían relación con el territorio del Congo: desempeñarse como almacenista en la base de Matadi; supervisar la construcción de la ferrovía Matadi/Stanley Pool y colaborar en la consecución de fondos. Al finalizar su contrato, no lo renovó y regresó a Europa. De allí se dirigió a Estados Unidos para participar en un ciclo de conferencias.

A su regreso, recibió un nombramiento como miembro del grupo de trabajo en el Protectorado de la Costa del Níger. Éste fue su primer empleo oficial para el Foreign Office de Gran Bretaña. Debía trabajar bajo las órdenes del Cónsul General en los ríos donde se explotaba la palma africana. La Conferencia de Berlín (1884) “había reconocido el área del delta nigeriano como un protectorado británico”, en donde se consideraba que los cónsules debían actuar como árbitros [sociales] pero en la práctica habían procedido como gobernadores” (Ó Siocháin, 2008: 47).

En el desempeño del cargo, Casement trabajó en el Departamento de Supervisión de Fronteras y Aduanas. Como vicecónsul, al igual que sus colegas en el área, era responsable de numerosos oficios: administrativos; de relaciones públicas; obtención de recursos; preparación de convenios; informes confidenciales; recaudo de tasas de importación y manejo del servicio postal. Parece haber sido esta experiencia la que, en forma posterior, y en opinión de las autoridades del Foreign Office, hizo que lo eximieran del examen para entrar en la carrera consular.

La labor en los límites entre el Protectorado y el Camerún alemán la realizó hacia 1894. Acompañado de un botánico, preparó una serie de mapas que incluían datos sobre poblaciones, ríos, montañas y vegetación. La jornada tenía,

asimismo, “un propósito estratégico: explorar áreas limítrofes poco conocidas por los europeos; conocer lo relativo a la idiosincrasia nativa; la naturaleza del terreno y la economía local” (Ó Síocháin, 2008: 53). Ese mismo año, Casement estuvo en Opopo como vicecónsul. En el borrador de un Informe (Ó Síocháin, 2008: 61) opinó que “la región ofrecía el contradictorio espectáculo de un suelo menos fértil que el de Egipto; ocupado por gentes tan apartadas de la civilización como los más lejanos habitantes del delta nigeriano y administrado por el Foreign Office, según los métodos más recientes”.

De nuevo, al igual que en anteriores ocasiones, Casement renunció al cargo en el Protectorado. La razón parece haber sido, según Ó Síocháin (2008: 64), “el cambio de jefatura en el Consulado General” y, por consiguiente, de manejo interno, con lo cual no estaba de acuerdo, así como de política gubernamental, puesto que el “empleo en el Níger coincidió con la gestión de los liberales bajo la jefatura de Gladstone, los cuales habían llegado al poder con la ayuda de los irlandeses nacionalistas” (Ó Síocháin, 2008: 66).

Los funcionarios del Foreign Office quedaron bien impresionados con el desempeño de Casement en el Protectorado del Níger. Por ello, le ofrecieron un puesto consular de tiempo completo para Lourenço Marques (hoy Maputo), en Mozambique (África portuguesa). La oferta surgió de un gobierno conservador, cuyos miembros habían regresado al poder desde 1895. Deseaban obtener datos permanentes sobre el sector del Transvaal, donde se estaban generando los conflictos de los Boers, con el objeto de que el Foreign Office atendiera las inquietudes inglesas en Ciudad del Cabo.

Pasado un tiempo, Casement solicitó permiso para apartarse del Consulado por motivos de salud. Salió de Mozambique porque “estaba molesto con la rutina consular, no con las dificultades” (Inglis, 1973: 41). Regresó a Inglaterra en 1898. Fue enviado al África Occidental portuguesa. En el trayecto marítimo entre Canarias y Luanda compuso el poema “El sueño del celta”, título que inspiró uno de los libros del reciente Premio Nobel Vargas Llosa.

El Gobierno británico deseaba que tuviera un desempeño semejante al del cargo anterior. Debía observar los movimientos de los franceses y, a la vez, lo que sucedía en el Estado Libre del Congo, donde las compañías extranjeras se veían relegadas frente a las concesiones belgas. La jurisdicción consular con base en São Paulo de Loanda correspondía a Angola, Gabón y el Congo. En un comienzo, se le “solicitó información sobre los abusos en contra de súbditos británicos, pero más tarde se le requirieron datos en relación con los congolese” (Ó Síocháin, 2008: 96). Los informes de Casement habían sido precedidos por los de su tío político Edward Bannister, vicecónsul en el Congo hacia 1892, y por declaraciones a la agencia Reuters (publicadas en la prensa inglesa) de un ministro bautista, misionero en África.

Un año más tarde, Casement fue encargado, como Comisionado Especial, de enviar datos confidenciales sobre los Boers en Sudáfrica. Mientras estaba en el campo de acción, dice Ó Síocháin (2008: 115), “su lealtad era para la Corona, pero poco a poco se fue desencantando de la conducta británica en toda África”. Al comenzar el siglo, se tomó unas vacaciones por motivos de salud. Viajó por varios países europeos, entre ellos Bélgica, donde se entrevistó con Leopoldo II. Éste le expresó que “los impuestos en la región africana se dedicaban al desarrollo de las tierras caucheras y que el orden restrictivo se debía a la necesidad de control en los límites territoriales” (Ó Síocháin, 2008: 124).

Nombrado cónsul en Kinshasa, decidió vivir en Boma (capital del Estado), cercana a Matadi, “el mayor puerto y comienzo del ferrocarril a Stanley Pool” (Ó Síocháin, 2008: 127). Desde allí pudo participar con informes sobre el movimiento comercial y de armas en el Estado del Congo, donde, según su opinión, “El rifle era la única autoridad y el único árbitro” (Ó Síocháin, 2008: 130). Predominaban las noticias y las acciones violentas, especialmente en los dominios de la Sociedad Anglaise-Anversoise.

Pasado un año en África, decidió solicitar otro traslado. En una carta de 1901 a una pariente, decía: “No me quedará mucho tiempo en este puesto consular. Trataré de que me transfieran pues yo no solicité venir. Me envió el Gobierno” (Ó Síocháin, 2008: 133). Durante su estadía en Londres, habló con personas de diversas tendencias políticas: Edward Grey, futuro primer ministro liberal; con los críticos de la presencia belga en África y con funcionarios del Foreign Office. Para entonces, surgía con fuerza la campaña antiesclavista de la Sociedad Protectora de Nativos.

Terminados los meses de permiso en Europa y de regreso en África, envió una gran cantidad de despachos para llamar la atención sobre la expansión de las concesiones belgas; los impuestos que afectaban, incluso, a los misioneros protestantes; la inexistencia de autoridades de importancia en Boma o Matadi y la presencia de soldados ejercitados para controlar con violencia a la población nativa. Ésta, en su opinión, era “esclavizada, explotada, forzada a recolectar caucho bajo el régimen a punta de bayoneta” (Ó Síocháin, 2008: 141).

Se ubicó, nuevamente, en Europa. El Foreign Office lo comisionó para investigar los abusos en el Congo, en cumplimiento de lo cual visitó sitios y elaboró el llamado “Informe General al Marqués de Lansdowne” (de 1903), quien, cuando se hizo público, incitó a la opinión británica a exigir acciones gubernamentales destinadas a impedir las atrocidades y mejorar las condiciones de vida de la población africana.

Casement se vio atrapado por el dilema de actuar como activista a favor de las gentes del Congo o continuar en sus intermitentes labores consulares. Con el fin de resolverlo, solicitó a sus superiores una licencia no remunerada. Al finalizar 1905, el gobierno conservador fue reemplazado, en virtud de las elecciones, por

políticos de línea liberal, entre los cuales se encontraba personal que había trabajado por el Congo en el Parlamento inglés. Fue un cambio de circunstancias eventualmente favorable para Casement, quien sufría estrecheces económicas difíciles de resolver.

Edward Grey fue nombrado secretario de Relaciones Exteriores. Bajo su influencia, el Foreign Office hizo varias ofertas a Casement de cargos consulares: Lisboa, rechazada por el irlandés; Bilbao, donde tendría la oportunidad de permanecer en suelo europeo, y, finalmente, el puerto de Santos (Brasil), al otro lado del Atlántico.

Se ignoran las razones de la desazón existencial de Casement, pero la primera impresión que tuvo del territorio americano le pareció desastrosa, a pesar de ser un punto estratégico para la economía mundial, ya que por allí entraban y salían los barcos encargados del transporte del café producido en Brasil. Renunció y salió hacia Londres “ese verano, imaginando que era el último puesto consular” (Inglis, 1973: 152). Al llegar a la capital británica estableció, de nuevo, los contactos con quienes estaban en campaña informativa contra Leopoldo II. El Foreign Office le ofreció ser cónsul general en Haití pero, a último momento, le pidieron que cediera el puesto a otro funcionario, y a cambio de ello le dieron la posibilidad de volver a Brasil como cónsul en Río de Janeiro. En la espera de la acreditación, se presentó la jefatura del consulado en Belém do Pará, puerto fluvial en la desembocadura del río Amazonas, en el Atlántico. La notificación le llegó en el Año Nuevo de 1908.

El hecho de que Belém fuera el equivalente de Santos en relación con el comercio cauchero le pareció irrelevante. “Los dos productos sostenían la economía nacional, desde los primeros años de la República brasileña, principalmente entre 1900 y 1910. De la Amazonia, el caucho iba para Liverpool y Nueva York en barcos de la Booth Line, la Red Cross Line y la Hamburg Amerika Line” (Oliveira, 1983: 228). Conectaban a Belém con Londres, Hamburgo y El Havre, en Europa. Esta circunstancia y el hecho de que la ciudad hubiera visto, junto con Manaus, un avance en “servicios portuarios, de luz, tranvías, aguas y alcantarillado, atribuidos mediante concesión a compañías inglesas” (Reis, 1982: 115) fueron invisibles para Casement, quien escribió a un colega manifestándole “estar metido en este vil país y odioso lugar, incapaz de hacer nada [pues] llueve diariamente, lo cual hace sufrir horrores en todo sentido” (Inglis, 1973: 159).

Para completar su disgusto, enfermó de gastroenteritis y salió hacia Barbados con el objeto de recuperarse. Solicitó traslado a Inglaterra, y estando allí fue promovido a Río de Janeiro —en 1909— como cónsul general. Esto significaba que tendría “asistentes para que se encargaran de la labor de rutina [...] y vicecónsules en varios puertos a lo largo de la costa, para viajar a supervisarlos [...] Además, podría vivir en Petrópolis, lugar de residencias diplomáticas” (Inglis, 1973: 161). Muy pronto cayó en la costumbre de enviar despachos sobre el elevado